

VOCES LITERARIAS EN LOS DOS MOMENTOS FUNDANTES

PARA EL RÍO DE LA PLATA

Sr. Secretario de Educación de la República Argentina, Dr. Carlos Torrendell.

Sr. Secretario Académico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina, Magister Gustavo Hasperué.

Sra. Presidente de la Academia Argentina de Letras, Dra. Alicia Zorrilla.

Sres. Académicos.

Queridos asistentes al Acto.

Muchísimas gracias, a la Dra. Alicia Zorrilla y al sobresaliente cuerpo de investigadores y creadores que preside, por haberme dispensado la gran distinción de ocupar un lugar en esta Academia, para poder trabajar junto a ellos, en la fascinante tarea de profundizar en los inagotables veneros del lenguaje. Los sentimientos de gratitud y orgullo se entretajan con la conciencia de la responsabilidad inherente a este cargo y el compromiso que implica la confianza en mí depositada.

Deseo agradecer, profundamente, la asistencia y las palabras del Sr. Secretario de Educación.

Y vaya mi más cálido y conmovido agradecimiento a Javier González por su presentación y, asimismo, por su leal acompañamiento a través de numerosas travesías, entre escollos y vientos prósperos. Nos unen años y años de amistad, de intereses, tareas e ideales compartidos, matizados -también me complace recordarlo- con muchos momentos de humor y algunas polémicas, sobre todo en el campo operístico (Él es verdiano, yo soy wagneriana...).

Es una gran emoción volver a este salón donde, hace muchos años, cuando era estudiante de la UCA y formaba parte de su coro, la *Schola cantorum*, se realizaban nuestros conciertos de Navidad. A pedido del público, siempre teníamos que terminar con «Noche de Paz», *Stille Nacht*. Y hoy, creo que aquel recuerdo cobra una singular actualidad, cuando todos rogamos por la Paz en el mundo.

Años más tarde, como joven egresada, venía todos los días a la Academia, de 13 a 18, para comenzar mi formación de post grado en el «Instituto de Investigaciones Filológicas», bajo la guía de su Director, Carlos Alberto Ronchi March, a quien ya había conocido como nuestro Profesor Titular de Griego IV, en la UCA. El imponderable valor de sus enseñanzas continúa guiándome en mis trabajos, hasta el día de hoy.

Ahora, ya jubilada, regreso para transitar una tercera etapa en el extraordinario espacio de este palacio porteño, merced al señalado honor que me han hecho mis colegas.

Como inicio de las páginas siguientes, deseo advertir que no pretendo entrar en la polémica sobre si las coincidencias que suelen sorprendernos, son meras casualidades o, por el contrario, si responden a una causalidad, cuyo sentido más profundo se nos escapa. Se trata de ese tipo de experiencias presentes en los estudios de Carl Jung¹. Pero aquí, me limitaré a mencionar una serie de hechos para que cada uno opte por considerarlos resultados del azar o de una enigmática cadena de causalidades. El primero de estos hechos es que la designación como Miembro de número de esta Academia, me ha llevado a ocupar el sillón n.º 9, «Joaquín V. González», uno de nuestros prohombres del siglo XIX, nacido en Chilecito, Provincia de la Rioja. Y en la misma localidad, por los mismos años, nació uno de mis bisabuelos, Teodosio Carrizo, que también se dedicó al estudio de las leyes, a la política y a cuestiones relacionadas con el desarrollo cultural del país. Mi bisabuelo desarrolló la mayor parte de sus actividades en Jujuy, la provincia natal de su esposa. Pero lo más probable es que aquellos dos muchachos hayan compartido en sus años de formación, los ambientes juveniles y las inquietudes que se agitaban en su ciudad, cuando el país era casi tan joven como ellos.

Y hay algo más, Cursé el colegio secundario en la Escuela Normal N° 4, «Estanislao S. Zeballos». Sin embargo, el nombre por el que siempre la hemos llamado, generaciones y generaciones de estudiantes y profesores es «Samay Huasi» que, en quechua, significa «Casa de Paz» ¿Por qué? Porque fue el nombre que eligió Joaquín V. González para bautizar a su hogar en los cerros riojanos. Y cuando César

¹ Corresponden a sus teorías sobre la «sincronicidad».

Carrizo² compuso el Himno del Colegio, que aún no tenía más designación que el número 4, decidió llamarlo con ese bello nombre immortalizado por González. Y hasta hoy, nos convocan y conmueven a quienes hemos pasado por sus aulas, aquellos versos iniciales, «Es el dulce solar de la escuela, Samay Huasi, la casa de paz.»

¿Casualidades o causalidades relacionan los pasos de mis mayores por un país adolescente y recuerdos entrañables de mi propia adolescencia, con el patrono de este sillón? Es el momento de evocar a sus ocupantes.

El primero fue Arturo Marasso, también riojano y de Chilecito, estudioso de los clásicos grecolatinos y de los autores españoles de los Siglos de Oro. Pero estableciendo relaciones entre ambos corpus, de modo tal, que sus trabajos resultaron pioneros de los que, mucho más tarde, desarrollaría la teoría de la intertextualidad.

Su sucesor fue Manuel Peyrou, autor de relatos policiales que constituyen un hito ineludible, dentro de la literatura argentina, para este género no siempre reconocido debidamente. Además, se ocupó de conflictos sociales en novelas de denuncia y testimonio. Había nacido en San Nicolás de los Arroyos pero supo bucear en el Buenos Aires profundo y Borges lo despidió con estos versos: «Le placía vivir en lo perdido,/ en la mitología cuchillera/ de una esquina del Sur o de Palermo.»

El tercer ocupante fue Bernardo Canal Feijoo. Residió en su Santiago del Estero natal hasta los cincuenta años, donde realizó buena parte de su producción. Pero su juvenil conexión con el Grupo Sur hizo de él un gran mediador. Nunca dejó de mantener desde Santiago, fructíferos contactos, mucho más allá de las fronteras provinciales y nacionales, al tiempo que desarrolló una serie de actividades para comunicar y transferir los resultados de estos intercambios, a la vida cultural santiagueña..

Merced al ingreso de las mujeres en la Academia, el sillón fue ocupado por Berta Vidal de Battini, nacida en San Luis. Sus investigaciones sobre la lengua y el folklore argentinos siguen constituyendo obras de consulta, de alto interés científico, tanto en el país como en el extranjero. Y recuerdo que en el Instituto de Investigaciones Filológicas, nuestro Director, el Prof. Ronchi March, nos recomendaba, con frecuencia, consultar su bibliografía como fuente confiable.

El sucesor, nacido en Mendoza, fue Antonio Di Benedetto, cuya obra ha sido comparada con las de Ernesto Sábato, Julio Cortázar, Alain Robbe-Grillet e, incluso,

² Otro riojano perteneciente a mi familia.

Franz Kafka. Su ingreso en esta Academia fue una e las distinciones que recibió al regresar de su exilio europeo, en 1984. Sin embargo, su fama no comenzó a ser objeto de un amplio reconocimiento público hasta fines del siglo XX. Lo conocí en Madrid, en los años ´80, donde vivía como un vecino más, en un antiguo barrio castizo, en una antigua casa sin ascensor.

El séptimo ocupante, Rolando Costa Picazo nacido en Santa Fe, especialista en literatura norteamericana e inglesa, dejó un legado de significativa trascendencia al traducir obras de autores como Herman Melville, James Joyce y Henry James. Pero, para sus amigos, dejó también el entrañable recuerdo de cierto rasgo de su personalidad que era un muy particular sentido del humor. No dejó de mencionarlo, en su despedida, el académico Jorge Cruz y lo describió «como un gusto por lo políticamente incorrecto».

He dado, intencionalmente, un salto cronológico porque entre Antonio Di Benedetto y Rolando Costa Picazo, el sillón fue ocupado por Ofelia Kovacci. Y quiero cerrar estas referencias con su luminoso recuerdo. La estatura intelectual en el ámbito de los estudios lingüísticos, de quien fuera la primera mujer en presidir la Academia Argentina de Letras, es de sobra conocida y reconocida, más allá de nuestras fronteras. Por eso, ahora, deseo referirme a su entrañable calidad humana. Quizá, muchos recordarán, particularmente, su formalidad en el trato, su manera de expresarse sumamente cuidada, su elegancia clásica Pero hoy quiero hablar de una Ofelia capaz de gran empatía y activa solicitud con quienes necesitaran su ayuda, de una increíble modestia, como si no tuviera conciencia del sitio que ocupaba en los medios científicos nacionales e internacionales, con una sensibilidad que afloraba en un concierto o ante las cosas más sencillas, como circular por la Panamericana en un día soleado y con un agudo sentido del humor que expresaba con la sonrisa pícara de una niña o con una mirada cargada de ironía. La conocí en un momento complicado del Conicet - ¿cuándo, no?- mientras se esforzaba en tender su mano a quienes lo necesitaban. Luego, compartimos en esta institución, largas jornadas de evaluación como miembros de Comisiones Asesoras en «Lingüística, literatura y semiótica», donde su saber y su ecuanimidad resultaban esenciales. Que los colegas académicos me hayan designado para ocupar el mismo sillón que ella, es un enorme honor y una emoción que se suman a aquellas sugestivas coincidencias, a las cuales me he referido al principio.

El sillón Joaquín V. González es un espacio federal porque reúne nombres de Académicos del Noroeste, Cuyo, el Centro y la Capital. Con intereses y vocaciones que

han abarcado diferentes investigaciones lingüísticas y diversos géneros literarios, con individualidades que implican la riqueza de una pluralidad de miradas, donde puede apreciarse junto a la profundidad del trabajo intelectual, esa otra forma de la inteligencia que es el humor, así como las expresiones de una cálida amistad. Es como una muestra en pequeño formato de varias características distintivas de la vida de la Academia, que me ha complacido compartir en una sesión pública.

Y es el momento entrañable de los agradecimientos. Quisiera detenerme en la figura de cada uno de mis maestros, cuya excelencia en el campo profesional corría pareja con su calidad humana. Pero el tiempo de esta exposición se alargaría más de lo conveniente. Me limitaré a mencionar sus nombres, por el orden en que fueron guiando mi formación: Ángel J. Battistessa, Lía Uriarte Rebaudi, Carlos Alberto Ronchi March, Manuel Alvar, Francisco López Estrada y Germán Orduna. Me hubiera encantado agregar a esta lista de sus nombres, deliciosas anécdotas del trato cotidiano con cada uno de ellos, porque, también, resultaban fuentes de enseñanzas.

Y ya en el plano más personal, va mi agradecimiento para mi marido, José Luis, que desde los tiempos en que nos conocimos, en su Madrid natal, no ha dejado de apoyarme de palabra y con actitudes tan concretas como pasar a máquina las ingentes páginas de mi Tesis doctoral, cuando no había ni ordenadores ni impresoras. A mis padres, Jorge y Elena, un ingeniero civil y una doctora en Ciencias Naturales que me enseñaron, amorosamente, las riquezas de la literatura y la historia³. A mis abuelos, mi Tata y mi Aba, que me contaron los primeros cuentos y me llevaban a ese otro reino de los sueños que era el cine. Entre los cuatro me transmitieron, además, el amor por la música y recuerdo a mi abuela sentada en este mismo salón, escuchando a nuestra *Shola Cantorum*. Doy gracias a Dios por haberme guiado y sostenido siempre por todos esos caminos que he ido evocando. Y le pido, ahora, «que me ayude en esta ocasión tan ruda»...

Vayamos, entonces, al primero de esos momentos fundantes para el Río de la Plata, guiados por Jorge Luis Borges:

³ Ha aparecido un libro sobre algunas mujeres que se dedicaron en la Argentina al estudio de las ciencias naturales, cuando era una profesión muy poco frecuente para ellas. Pero entre las mencionadas, las mayores nacieron en 1921 y 1929 y las demás, en las décadas del 30, el 40 y el 50. Mamá y otras colegas fueron pioneras nacidas alrededor de 1915, que en los años '40, ya investigaban y eran docentes en la Universidad. Cuando se habla de historias de mujeres son necesarias permanentes revisiones, como las que intentaré en estas páginas. Véase, DE CABO, LAURA, *Naturalistas*, Buenos Aires, El Ateneo, 2024.

¿Y fue por este mar de sueñera y de barro
que las naves vinieron a fundarme la Patria?
Irían dando tumbos los barquitos pintados
sobre los camalotes de la corriente zaina.

.....

Lo cierto es que mil hombres y otros mil arribaron
por un mar que tenía cinco lunas de anchura
y estaba poblado de sirenas y endriagos
y de piedras imán que enloquecen la brújula.

Dentro del deslumbrante relato imaginario que Borges va desplegando en su «Fundación mítica de Buenos Aires», no deja de introducir un dato histórico que nos recuerda como punto de partida de sus versos, la primera fundación de la ciudad. Lo hace al evocar la llegada a las tierras del Plata, de una armada de más de 2000 hombres, pues esa fue la que, a bordo de alrededor de 14 naves, vino bajo el mando de D. Pedro de Mendoza. Eran cifras excepcionales para las expediciones de la época y estaban justificadas por sus grandes propósitos, como frenar el avance portugués mediante fundaciones en las desiertas orillas del que se conocía como «Mar de Solís», encontrar un paso entre los dos océanos y buscar el camino hacia la legendaria sierra de la plata y sus fabulosos tesoros. Todavía hoy, nos asombra que las extraordinarias previsiones para tan ambicioso proyecto no pudieron evitar que sucumbiera a un trágico fracaso.

Numerosos historiadores han investigado estos hechos y han elaborado diferentes interpretaciones. Pero, en estas páginas intentaremos observarlos desde una perspectiva poco y nada frecuentada. Por eso nuestro punto de partida será un documento que se encuentra en el Archivo General de Indias, Patronato 29, ramo 14, y que reviste una fundamental importancia para nuestra historia cultural porque allí se conserva la única copia del poema llamado *Romance elegíaco*, de Luis de Miranda y Villafañe, donde este clérigo de la armada de Mendoza narra todas las calamidades que la fueron diezmando. Una composición que, tardíamente, ha sido reconocida, con toda justicia, como la obra fundacional de la literatura argentina.

Pero nos ocuparemos de ella más adelante porque considero necesario tomar en cuenta, en un comienzo, un aspecto meramente administrativo de dicho documento. Consiste en una lista inserta antes del poema, donde se da cuenta al Presidente del Consejo Real de Indias, Juan de Ovando, de los nombres, oficios y orígenes de los integrantes de las sucesivas expediciones al Río de la Plata que, alrededor de 1560, aún se encontraban en la región⁴. Aparentemente, no hay nada más alejado de nuestros intereses que este seco informe, propio del aparato burocrático que se desarrolló durante el reinado de Felipe II. Pero si lo abordamos desde una perspectiva que sí involucra al mundo de las letras como es el de la construcción de los imaginarios, esta lista ofrece, a mi juicio, un relieve particular.

Ocurre que en medio de una constelación de oficios -sobre los que hablaremos, también, más adelante -, un personaje atrae nuestra atención de modo singular. Se trata de Joan Jara que había llegado con Mendoza y de quien se dice: «portugués, ministril que fue del Rey de Portugal»⁵. En el Siglo XVIII, esta designación correspondía, de acuerdo con el *Diccionario de Autoridades*, al «ministro de poca autoridad o respeto que se ocupaba de los más ínfimos ministerios»⁶. Sin embargo no era éste el significado usual doscientos años antes. Señala Ramón Menéndez Pidal que ya en el siglo XIV, el nombre de «juglar» comenzó a ser descartado, debido a la conducta licenciosa, la vulgaridad del repertorio y la falta de habilidades de muchos de ellos. Los músicos que actuaban en cortes, casas señoriales y acontecimientos solemnes, adoptaron, entonces, la denominación de «ministriles», tomada del francés, *menestrel* o *ministril*, mientras el antiguo nombre de «juglar» fue quedando para los representantes del oficio de más ínfima categoría⁷. Podemos, por lo tanto, sostener que Joan Jara era un músico de los más refinados, como lo testimonia el hecho de que había pertenecido a la regia corte lusitana.

En los ejércitos medievales, además de trompas y tambores para enardecer los ánimos en el combate, se requerían intérpretes de diversas artes musicales para acompañar los momentos de ocio⁸. La presencia de Jara en la armada de Mendoza es

⁴ MIRANDA, LUIS DE, *Romance*. Edición por Silvia Tieffemberg, Universidad de Navarra, Iberoamericana-Vervuert, 2014, pp. 165-177.

⁵ *Ibidem*, p. 167.

⁶ *Apud. ed. cit.*, nota 46, p.167.

⁷ MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 5ª. edición, 1962, p. 22.

⁸ *Ibidem*, pp. 59-60.

una muestra de la continuidad de aquellas costumbres. Por otra parte, no pueden llamar la atención sus antecedentes cortesanos. Mendoza pertenecía a una de las familias más poderosas y con mayor protagonismo en la vida cultural de España -para algunos historiadores, podría ser bisnieto del Marqués de Santillana-. Lo cierto es que habría recibido la esmerada educación que ya era habitual para los caballeros de su rango. Y en la expedición, no faltaban hombres como Rodrigo de Cepeda, hermano de Teresa de Jesús, cuyo padre, según ella recordaba, había iniciado a hijos e hijas en la lectura de los más ilustres autores. Hay motivos, entonces, para pensar que las actuaciones artísticas de Joan Jara habrán sido requeridas y apreciadas durante la travesía -cuando las duras circunstancias de la navegación lo permitían- y después del desembarco.

Lamentablemente, no tenemos más datos que la escueta mención de esa lista enviada al Consejo de Indias y no sabemos si hubo otros que no sobrevivieron -eran frecuentes los conjuntos- ni tenemos referencias sobre sus interpretaciones y su repertorio. Probablemente, junto a los géneros más difundidos en la época como romances y villancicos, habría cantigas galaico-portuguesas de la Edad Media, porque se las continuaba copiando en cancioneros del siglo XVI, como el de la Biblioteca Vaticana o el de la Biblioteca Nacional de Lisboa.

Y es en este punto donde creo que es lícito abrir una ventana al imaginario que, como dice Jean Claude Schmitt, surge de: «las imágenes mentales de la meditación y de la memoria, de los sueños y de las visiones»⁹. Porque nada nos impide suponer que en aquellos momentos fundacionales -por lo menos, cuando aún se creía que los grandes proyectos llegarían a buen fin-, resonaron en nuestras orillas del Plata, gracias a este ministril, composiciones que hoy conocemos por artistas especializados en los Cancioneros medievales y renacentistas. Y que fueron ejecutadas con toda la maestría que era propia de una corte europea. La ventaja de no contar con ninguna información nos da la libertad de imaginar a cada uno, que se escucharon las melodías de su preferencia -¿Acaso, el «Romance del Conde Olinos»? ¿El de «El enamorado y la muerte»? -.

Pero quiero agregar, si me permiten, algo más sobre mi propio imaginario. Hay que recordar que otra función que solían desempeñar músicos y cantantes, era el acompañamiento de los enfermos. Menéndez Pidal proporciona variados ejemplos sobre

⁹ *Apud*, LE GOFF, JACQUES, *Héroes, maravillas y leyendas*, Madrid, Paidós, 2010, p. 15.

la importancia que se daba a dicha función tanto para la salud del cuerpo como del espíritu ¹⁰. Y es sabido que entre todos los sucesos trágicos que padeció aquella espléndida armada, el peor fue la terrible hambruna que acabó por aniquilar a la mayoría de sus integrantes. .

En su *Romance elegíaco*, Luis de Miranda describe así aquellos momentos finales:

Unos, contino, llorando,
por las calles derribados 110
otro lamentando, echados
tras los fuegos,
del humo y ceniza ciegos,
y flacos, descoloridos,
otros de desfallecidos, 115
tartamudos.
Otros del todo ya mudos
que el huelgo echar no podían.
Ansí los tristes morían
rabiando¹¹.

Me pregunto, entonces, si Joan Jara habrá tenido que cumplir la función de interpretar, en aquella situación extrema, algunas canciones piadosas -como, por ejemplo, las cantigas marianas- y que esos fueron los últimos sonidos que los vientos del Plata llevaron a aquellos infelices.

*Santa Maria firela do dia.
mostranos uia pera deus et nos guýa* ¹².

¿Y quiénes protagonizaron esas escenas, verdaderamente, dantescas? Podemos consultar la crónica de Ulrico Schmidl, el soldado alemán que escribió un detallado relato de lo que vio y experimentó, desde que la armada partió de Sevilla, en 1534, hasta que lo licenciaron y regresó a Europa, en 1553. Los sucesos que refiere con más

¹⁰ Cf. *op. cit.*, pp. 60-61

¹¹ Cf. *ed. cit.*, pp. 182-183.

¹² «Cantiga» 100, de las *Cantigas marianas* de ALFONSO X, EL SABIO.

frecuencia, son los enfrentamientos -tanto con los indios como de los españoles entre sí- y las largas marchas en las que sufrían toda clase de penurias. Sería fácil deducir de este relato que, prácticamente, todos eran gente de armas. Sin embargo, el mismo Schmidl introduce una breve referencia que nos reconducirá a la lista de sobrevivientes. Leemos en el capítulo IX de su Crónica:

Después que volvimos nuevamente a nuestro campamento, se repartió toda la gente: la que era para la guerra se empleó en la guerra y la que era para el trabajo se empleó en el trabajo. Allí se levantó una ciudad con una casa fuerte para nuestro capitán, Don Pedro de Mendoza, y un muro de tierra en torno a la ciudad, de una altura como la que puede alcanzar un hombre con una espada en la mano¹³.

Ésta es su única referencia a la presencia de «gente de trabajo». Pero es posible desplegarla, considerablemente, si se recurre a la citada lista. En ésta, figuran hombres de armas, de la iglesia y notarios. Pero, junto a ellos, se encuentra un largo registro de oficios que, respecto a la construcción menciona albañiles, carpinteros, herreros y cerrajeros. Pero, asimismo, aparecen labradores, pescadores, sastres, curtidores, zapateros, sombrereros, bordadores, barberos, cirujanos, toneleros, cesteros, fundidores de moneda, constructores de campanas y expertos en distintas lenguas, dado que, además de gente de todas las regiones españolas, había de diversos países europeos, como Flandes, Italia y Alemania. También venían veinte mujeres de las que tendremos que hablar. Pero el hecho es que no se trataba solo de un ejército sino que entre los 2.000 hombres, había muchos que representaban, prácticamente, todos los oficios necesarios en la vida civil. Podemos considerar que fueron los primeros colonos llegados a estas tierras. Sus armas eran herramientas de trabajo y conocimientos que, sin duda, esperarían utilizar para alcanzar mejor calidad de vida que en sus lugares de origen, como es propio de todos los que se aventuran a emigrar.

Y creo que es pertinente evocarlos en el contexto de estas páginas porque ellos, probablemente, también habrán cantado. En las culturas agrarias, cada pueblo conservaba un tesoro de canciones tradicionales que transmitían de generación en generación. Acompañaban todos los momentos de la vida y eran una fuerte señal de identidad. Muchas de estas melodías tenían por función acompañar los trabajos de la tierra, los artesanales y los domésticos. Facilitaban su realización, reproduciendo su ritmo y levantando el ánimo de quienes los realizaban. Cuando esta interrelación del

¹³ SCHMIDL, ULRICO, *Viaje al Río de la Plata*, Buenos Aires Emecé. Col. Buen Aire, 1942, p. 20.

trabajo y el canto comenzó a ser borrada por la revolución industrial, hubo compositores románticos que quisieron rescatarla, como Richard Wagner, con el «Coro de las hilanderas», de su ópera *El holandés errante*¹⁴. No es difícil pensar que en las orillas del Plata, sobre todo en los primeros tiempos, cuando aún había esperanzas en el futuro, resonó un florilegio de canciones tradicionales, con diferentes acentos españoles y de otros pueblos europeos¹⁵.

Me pregunto cuántos de aquellos campesinos y artesanos habrán sido víctimas de todas las calamidades que destruyeron el asentamiento. Y cuántos están bajo la tierra donde casi 40 años después, se fundó, definitivamente, la ciudad con la que habían soñado.

Los que tuvieron la fortuna de sobrevivir, como Joan Jara, fueron conducidos a Asunción, el fuerte levantado en 1537 y elevado a la categoría de ciudad por Martínez de Irala, en 1541, donde se confeccionó la lista. Allí habrán podido servirse de sus oficios y habilidades, en una sociedad que estaba creciendo y donde había quienes manifestaban, explícitamente, su interés por el desarrollo de una comunidad civil. Es el caso de Fr. Bernardo de Armenta, quien en una carta al Consejo de Indias, en 1538, solicita labradores, ganado, viñas, semillas y cañas de azúcar, especificando que prefiere labradores y frailes en lugar de conquistadores porque éstos daban «mal ejemplo»¹⁶. Posiblemente, detrás de estas propuestas sobrevolaba la utopía renacentista de recrear una pacífica arcadia pastoril. Pero la realidad era mucho más compleja y no cesó el ruido de las armas en enfrentamientos con los pueblos nativos y entre facciones de los europeos. Sin embargo, aquel mismo fragor inspiró a algunas voces poéticas que acompañaron el crecimiento de la sociedad asunceña.

¹⁴ Las mujeres cantan imitando el zumbido y los giros rítmicos del huso mientras trabajan con sus ruecas, a las cuales, dirigen su canción: «*Summ und brumm, du gutes Rädchen*».

¹⁵ Es preciso tener en cuenta que la música y los sonidos rítmicos han sido un aspecto inseparable de todas las circunstancias de la vida humana, en todo tiempo y lugar. Y que antes de las reproducciones mecánicas, los instrumentos eran la voz o el que cada uno sabía ejecutar, más allá de diferencias de estamentos, edades, sexos, etc. Las prohibiciones en algunas comunidades son excepciones que confirman la regla. .

¹⁶ «[...] labradores que no sean menester conquistadores, [...] y traigan mucho hierro [para los arados] y ganado de vacas y de ovejas burdas, y cañas de azúcar y maestros para hacer ingenios de azúcar y algodón y trigo de cebada, y toda manera de pepitas que se darán bien, y sarmientos que se harán muy grandes viñas.» ROSSI ELGUE, CARLOS, «Paraísos terrenales, paraísos textuales». En, MIRANDA, LUIS DE, *Romance*, ed. cit., p. 105.

La más importante, sin duda, es la de Luis de Miranda, a través de su *Romance Elegíaco*, llamado así aunque su forma estrófica no corresponde a la de este género¹⁷. Fue Ricardo Rojas quien lo dio a conocer. Pero, en las primeras décadas del siglo XX, fue considerado, solamente, como un cronicón de todos los sufrimientos padecidos en Buenos Aires, al que un clérigo soldado había pretendido revestir con ropajes literarios, sin tener la más mínima formación para hacerlo. Afortunadamente, nuevos métodos de análisis del discurso y cambios de perspectivas en los criterios estéticos dieron lugar a otro tipo de apreciaciones, casi al final de los años '80 del siglo pasado. Nuestra colega, la académica, Beatriz Curia, demuestra, por ejemplo, que el uso acertado de recursos retóricos como la *gradatio*, la *amplificatio*, la antítesis, la anáfora y otros prestan su fuerza emotiva a la descripción de los efectos del hambre, de la que ya hemos leído algunos versos¹⁸.

Por mi parte, entre las obras de Juan del Encina, encontré un poema, *Coplas sobre el año de quinientos y veynte y uno*, acerca del levantamiento de los comuneros en Castilla, que comienza con un verso idéntico al primero del *Romance Elegíaco*¹⁹. Tras un detenido cotejo, comprobé una serie de notables coincidencias temáticas y estructurales que a mi juicio, permiten sostener que las *Coplas* de Encina son el hipotexto de la composición de Miranda, quien supo servirse de varios recursos de la *imitatio* renacentista para describir los desastres que se abatieron sobre Buenos Aires y, asimismo, sus antecedentes en duros enfrentamientos peninsulares²⁰. El caso es que se han ido superando los prejuicios que demoraron una justa valoración del poema inspirado por los sucesos americanos y ya contamos con excelentes estudios²¹. Nos eximen de un abordaje detenido del *Romance elegíaco*, una obra menor, sin duda pero que inaugura dignamente nuestra historia literaria.

¹⁷ Son versos octosílabos de pie quebrado, organizados en cuartetos con rima consonante encadenada.

¹⁸ CURIA, BEATRIZ, *Múdenos tan triste suerte*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras/Cadei, 1987, pp. 49-50.

¹⁹ ENCINA, JUAN DEL, *Obras completas*. Edición por Ana María Rambaldo, Madrid: Espasa-Calpe, 1978, vol. II, pp. 271-279.

²⁰ CARRIZO RUEDA, SOFÍA M., «Juan del Encina: una importante presencia en la primera fundación de Buenos Aires», ASOCIACIÓN ARGENTINA DE HISPANISTAS, *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas «España en América y América en España»*, Univ. de Buenos Aires. Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», (1993) pp. 393-399; «El descubrimiento de una fuente del *Romance* de Miranda y su filiación con la poesía española del siglo XVI» *El Humanismo Indiano*. Edición por Graciela, Maturo, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 2005, pp. 325-332; «Los imaginarios y la frontera del océano Atlántico a través del *Romance elegíaco* (siglo XVI) sobre la fracasada fundación de Buenos Aires en 1536», *Atlante. Revue d'Études Romanes*, « Représenter le passage (Mondes romans, XII^e-XVI^e siècle) », Pénélope Carlet, *Coordinatrice*, n° 12 (2020) pp. 302-318.

²¹ Entre ellos, resulta fundamental, la varias veces citada edición de Silvia Tieffemberg. Incluye, además de un sólido aparato de crítica textual, el estudio introductorio de la editora, tres trabajos de especialistas

Otro género que es el epistolar, constituye una de las más abundantes fuentes de testimonios acerca de las expediciones al Río de la Plata. Voy a citar una carta que aunque cada vez es más conocida, no deja de ofrecer un renovado atractivo. Se trata de la que Isabel de Guevara, una de las mujeres que viajó en la armada de Mendoza, envió a la princesa Juana de Austria, gobernadora del Consejo de Indias, fechada en Asunción, el 2 de julio de 1556. El objeto fue pedir un repartimiento para su marido, pero el núcleo de interés es el relato de las duras tareas que debieron asumir las mujeres mientras los hombres padecían el estado de deterioro descrito por Miranda.

Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban de las pobres mugeres, así en lavarles las ropas, como en curarles, hazerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, hazer sentinela, rondar los fuegos, armar las ballestas, quando algunas vezes los yndios les venían á dar guerra, hasta cometer á poner fuego y á levantar los soldados, los questaban para hello, dar arma por el campo á bozes, sargenteando y poniendo en orden los soldados; porque en este tienpo, como las mugeres nos sustentamos con menos comida, no avíamos caydo en tanta flaqueza como los hombres. Bien crea V.A. que fue tanta la solicitud que tuvieron, que, si no fuera por ellas, todos fueran acabados²².

Los testimonios de Schmidl y Miranda sobre la decadencia que culminó con la despoblación de la primera Buenos Aires, se amplían notablemente con esta descripción desde el punto de vista de una mujer que, además, actúa como vocera de sus veinte compañeras de infortunios. Esta carta ha generado una serie de estudios que nos eximen, también, de entrar en un análisis detallado. Pero hay que advertir que no se trata de un caso aislado porque existe un nutrido corpus de cartas desde y hacia América que ha atraído la atención de los historiadores. Por el momento, un interés parecido, que aborde rasgos distintivos de este corpus desde una perspectiva literaria, avanza con lentitud.

. Nos detendremos en un tercer texto que pertenece a otro género, el dramático. Pero esta atención privilegiada puede resultar curiosa porque no existen testimonios de que dicho texto se haya conservado. Lo único que se conoce son unas escasas referencias y, probablemente, por eso, es muy poco mencionado en la bibliografía especializada. Sin embargo, considero que esas exiguas noticias pueden prestarse a ciertas reflexiones que no quiero dejar pasar.

sobre diversos aspectos del poema y un apéndice con material inédito, como dicha lista de sobrevivientes.

²² TIEFFEMBERG, SILVIA. «Isabel de Guevara o la construcción del yo femenino.» *Filología*, 24 (1989), pp. 287-300.

Su autor, Juan Gabriel Lezcano, fue otro de los sacerdotes que viajó con Mendoza. Sus actividades en la región del Plata son conocidas, principalmente, por la *Información de méritos y servicios* (Madrid, 1546), con testimonios de los más antiguos pobladores de la región, con la finalidad de solicitar para Lezcano el Deanato de Asunción²³. Recoge, por lo tanto, una serie de elogios respecto a su fidelidad a los votos sacerdotales y a su celo por la evangelización y la educación. Al respecto, el P. Bruno señala que en la primitiva Buenos Aires y, más tarde, en Asunción, fundó escuelas a las que asistían españoles y familiares de los principales jefes indígenas, donde él mismo se ocupaba de enseñar lectura, escritura, oratoria y el catecismo²⁴. El doble origen de los alumnos no es algo sorprendente porque puede recordarse que otro tanto ocurría en México, en el famoso colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde estudiaban jóvenes de la nobleza azteca junto a hijos de españoles, se impartía una enseñanza trilingüe en español, latín y nahuatl y los profesores eran mexicanos y europeos²⁵.

Lo sorprendente en dicha *Información* sobre Lezcano, es que no son todas loas. Ocurrió que durante los enfrentamientos entre el gobernador de Asunción, Domingo Martínez de Irala y el segundo adelantado en el Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que terminaron con la prisión y la deportación de éste a España, Lezcano tomó partido por Irala. Y según declara, en la *Información*, el testigo Juan de Zalazar, el sacerdote demostró «estar muy apasionado» y «muchacha alteración y cólera contra el dicho Gobernador [Cabeza de Vaca] y todas sus cosas». No son, precisamente, sentimientos recomendables para quien aspiraba a un alto cargo eclesiástico. Pero lo que a nosotros nos interesa es el original canal que su cólera partidaria encontró para manifestarse porque para la festividad de *Corpus Christi*, de 1544, compuso un Auto Sacramental en el que él mismo participó vestido de pastor. En realidad, resultó una farsa alusiva al gobierno de Cabeza de Vaca, al que un testigo de la representación calificó, sencillamente, de «libelo»²⁶.

Quizá, nunca se encuentre un manuscrito que recoja, aunque sea en parte, aquel extraño Auto sacramental. Pero, en mi opinión, las escasas referencias dan lugar a las siguientes reflexiones. La primera es que apenas siete años después de su fundación como

²³ BRUNO, CAYETANO, *Historia de la Iglesia en la Argentina. (Siglo XVI)*, Buenos Aires, Editorial Don Bosco, 1966, vol I, pp. 162-163.

²⁴ *Ibidem*, pp. 154-155 y 164.

²⁵ CARRIZO RUEDA, SOFÍA M., «La enseñanza del latín a los indios», *Stylos. Rev. del Instituto de Estudios Grecolatinos* «Prof. Francisco Nóvoa», Universidad Católica Argentina, 1 (1), (1992), pp. 119-124.

²⁶ BRUNO, CAYETANO, *Historia de la Iglesia* [...]. Cf. *op. cit.*, pp. 182-183.

fortaleza y a los cuatro años de su elevación a ciudad, se consolidaba en Asunción una sociedad que ya organizaba para la celebración del *Corpus*, una representación teatral, como era el uso de las localidades peninsulares. Aunque con un sesgo propio de «originalidad», si queremos llamarlo así, porque la segunda reflexión es respecto a la heterodoxia de ese Auto sacramental, al que un sacerdote apartó de las funciones teológicas y catequísticas del género para convertirlo en herramienta de una encarnizada lucha partidaria. La tercera reflexión es sobre este personaje contradictorio que mostró en un principio, preocupaciones por la educación, la prédica del Evangelio y por incipientes procesos de mestizaje, al fomentar la integración escolar de jóvenes indígenas y españoles. Pero que no dudó, más tarde, en desnaturalizar tanto un género literario como una festividad que eran de carácter religioso, para fogonear el duro enfrentamiento que dividió a los españoles. Una última reflexión en la que convergen las demás es que ese desconocido Auto -que yo no llamaría «Sacramental»- y el *Romance* de Luis de Miranda parecen testimoniar que, desde un comienzo, la literatura producida en estas tierras surgió entreverada con lo político. Un cruce que no ha dejado de reiterarse a lo largo de los siglos, hasta el día de hoy y en numerosos autores, algunos de ellos de los más relevantes..

Al retomar, ahora, la cuestión del «imaginario», puede comprobarse que la crónica de Schmidl, el *Romance Elegíaco*, la carta de Isabel, además del poema heroico de Martín del Barco Centenera, *La Argentina y conquista del Río de la Plata*, (1602), fueron generadores de ficciones que, durante la segunda mitad del siglo XX, cristalizaron en obras de autores argentinos. Los dos sucesos históricos que influyeron con más fuerza fueron el caso del soldado que durante la hambruna, comió el cuerpo de su propio hermano y la injusta muerte del Maestre de Campo, Juan Osorio, ordenada por Mendoza²⁷.

Este imaginario sobre los sucesos fundantes en el estuario del Plata se inspiró, así, en el fracaso de grandes proyectos utópicos, en crueles enfrentamientos por el poder, en la codicia por apropiarse de bienes y vidas de los pueblos originario, en una cabalgata apocalíptica del Hambre -con la consiguiente decadencia física y moral- y en la antropofagia como símbolo de una pulsión cainita

²⁷ Miranda y otros atribuyeron a este verdadero asesinato, el trágico final de la expedición, como castigo divino: «Juan Osorio se decía/ el valiente capitán,[...]Dios haya quien lo mandó/ tan sin tiento/ tan sin ley y fundamento, [...]En punto desde aquel día,/ todo fue de mal en mal.» Cf. *ed. cit.*, vv. 29-48.

Recordemos dos ejemplos. El primero es el cuento que encabeza el volumen *Misteriosa Buenos Aires*, de Manuel Mujica Lainez, titulado, precisamente, «El hambre», que cuenta la historia del soldado fratífago, aunque atravesándola, mediante la ficción, por todos los oscuros sentimientos que fermentaban en los hombres de la armada²⁸. Otro ejemplo es la colección de relatos, *Los que comimos a Solís*, de María Ester de Miguel. Los personajes principales de esta antología, de fuertes críticas a la sociedad, terminan siempre como víctimas del engaño o la traición.

Pero hay que recordar que un imaginario se transforma al ritmo del descubrimiento de otros testimonios documentales, de cambios sociales y de nuevas inquietudes en el contexto cultural. -Sin ir más lejos, el que acabamos de exponer sucedió a otro imaginario vigente en la primera mitad del siglo XX, que hacía hincapié en un perfil heroico de las expediciones-. Para Jacques Le Goff, «[el imaginario] abarca el campo entero de la experiencia humana, de lo más colectivamente social hasta lo más íntimamente personal.» Y subraya que lo van configurando imágenes que no surgen de una actividad «reproductora» de la realidad fáctica sino, por el contrario, de una actividad «creadora, poética en sentido etimológico.»²⁹ Se comprende, por lo tanto, que más adelante, distingue lo imaginario de lo ideológico, al señalar que éste es un paso posterior cuya intención consiste en asignar un sentido único a las imágenes para adaptarlas a su discurso. Pero lo que a Le Goff le interesa destacar, una y otra vez, es la irreductible pluralidad que está en el origen mismo de las representaciones de lo imaginario, las cuales «se desprenden de la mentalidad, la sensibilidad y la cultura»³⁰.

Entiendo que la publicación de documentos poco o nada conocidos, como la lista enviada al Consejo de Indias, el continuo crecimiento de investigaciones sobre aquellas épocas fundantes y nuevas perspectivas que se abren en el contexto socio cultural,

-
- ²⁸ En algunas ediciones de *Misteriosa Buenos Aires*, aparece otro cuento titulado «El primer poeta». Los protagonistas son Luis de Miranda e Isabel de Guevara, pero, a mi juicio, es un «lunar» en esta antología porque aparecen como una prostituta y su amante, sin que exista ni el más mínimo indicio testimonial para asignarles esos roles absolutamente ficcionales. Ambos son recordados dentro de la historia del Río de la Plata por razones completamente ajenas a los retratos que presenta el cuento. El único dato histórico que sí registra, es la llegada a estas tierras de un aventurero genovés, León Pancaldo, con su nave llena de mercancías de lujo. Los empobrecidos habitantes de Buenos Aires solo le compraron alimentos y ropa con pagarés que nunca cobró. Véase GANDÍA, ENRIQUE DE, *León Pancaldo y la primera expedición genovesa al Río de la Plata*, Buenos Aires, Ateneo Popular de la Boca, 1937.

²⁹ LE GOFF, JACQUES, *Héroes, maravillas* [...]. Cf. *ed.cit.*, p. 13.

³⁰ *Ibid.*, pp. 14-15.

entrañan la posibilidad de un renovado imaginario que matice y vuelva más compleja la mirada sobre los hechos que rodearon a los primeros tiempos de Buenos Aires.

Como estamos hablando de «voces» concibo ese imaginario como «coral». Con una activa presencia de las mujeres, cumpliendo, no solo, funciones de acompañantes o cuidadoras sino, también, como reemplazantes de los hombres en las más arduas tareas cuando fueron imposibles para ellos e, incluso, asumiendo voces de mando. -No hay que olvidar que el adelantazgo del Río de la Plata fue ejercido en tercer lugar, después de Cabeza de Vaca, por una mujer, Da. Mencía Calderón de Sanabria³¹ -. Hablamos de un imaginario donde no faltan los duros enfrentamientos que se dirimían por las armas pero, también, por plumas igual de afiladas que eran esgrimidas por quienes habían tenido una evidente formación en las Artes poéticas; con la presencia de jefes que no cejaban en la búsqueda de grandes tesoros ocultos, mientras otros, como Fr. Armenta, querían que los esfuerzos se destinaran al trabajo de la tierra y al desarrollo de una nueva sociedad civil, inspirada por utopías humanistas. Un imaginario con la construcción de un asentamiento que, según Schmidl, estaba rodeado por un muro de tierra que se caía a cada rato y tenía una sola casa con techo de tejas para Mendoza, mientras las demás eran de paja y pasto fácil de las llamas, pero donde no faltó la pequeña escuela fundada por Lezcano, con su fugaz intento de integración entre la población autóctona y los recién llegados. Una población donde, al lado de soldados y religiosos, vivían labradores, pescadores y numerosos artesanos de los que quiero recordar, por lo menos, a uno: Felipe de Molines, cuyo pasaporte al Nuevo Mundo fue saber fabricar cestos y canastas. Un espacio donde resonaban las recias voces de mando de hombres como Mendoza, Ayolas, Cabeza de Vaca o Irala. -Y, quizá, las maldiciones en italiano de Pancaldo, el comerciante marítimo que nunca cobró las mercancías que había llevado hasta el Plata -. Pero un espacio donde es posible imaginar, además, que se podían escuchar las voces de la «gente de trabajo» cantando para acompañar sus distintas tareas y, asimismo, las cadencias armoniosas de la del ministril Joan Jara que, como el juglar de Maria Elena Walsh, evocaba «hazañas de por ahora, leyendas de por ayer».

³¹ Fue nombrada por el Emperador, a pedido de ella, para reemplazar en el cargo a su esposo que murió poco antes de zarpar. GÓMEZ-LUCENA, ELOÍSA, *Expedición al paraíso*. Sevilla, Espuela de Plata (Ed. Renacimiento), 2004.

Es el momento de dar un salto de casi 300 años, para ingresar en el segundo momento fundante. En esta ocasión, nuestro guía será Manuel Mujica Lainez, con su *Canto a Buenos Aires*:

Ya suenan los acordes del Himno Nacional,
Que estremecen el piano de Misia Mariquita.
La llama de las velas en la sala palpita
Y el arpa estilo Impero lanza su dulce arpegio
(Todo eso está en la lámina que había en el colegio...)
.....

Los hombres que hoy son calles recorrían la calle ³².

A través de *La lira argentina*, la antología que Ramón Díaz realizó en 1824, conocemos las que él mismo clasificó como «poesías y simples versificaciones», escritas para celebrar la gesta de la Independencia, Y hoy podemos acceder a esta compilación gracias a que, como homenaje al cincuentenario de su fundación, la Academia Argentina de Letras la publicó en 1982: *La lira argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de su independencia*/, edición crítica, estudio y notas por Pedro Luis Barcia. Esta extraordinaria edición, realizada por el ex presidente de la Academia Argentina de Letras, pone a nuestro alcance un estudio pormenorizado de 131 composiciones surgidas del intento de fundar la Patria por medio de la palabra, donde los autores hacen gala de una estética neoclásica e incorporan algunos recursos románticos y gauchescos, Contamos, así, como en casos anteriores, con un material bibliográfico que nos exime de abordar esta antología.

Mi propósito apunta a un corpus diferente porque consiste en una invitación a asomarnos a algunas bibliotecas y depósitos de la aduana, para escuchar otras voces que, mientras aguardaban en cajas y estantes la atención de los lectores, protagonizaron un conflicto histórico. El escenario abarca las dos márgenes del Río de la Plata, en los años inmediatamente posteriores a la Revolución de Mayo. Es necesario recordar los

³² MUJICA LAINEZ, MANUEL, *Canto a Buenos Aires*, Edición de Homenaje al Congreso de Tucumán. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966, pp. 39 y 60.

sucesos ocurridos cuando el general realista, Gaspar de Vigodet, capituló el 21 de mayo de 1814, abandonó Montevideo y la ciudad fue ocupada por las fuerzas que respondían a Buenos Aires. Pero el General Carlos María de Alvear anuló la capitulación acusando a Bigodet de no haberla ratificado, consideró que la ciudad se había rendido a discreción y que jefes, oficiales y soldados (5.340 hombres) eran prisioneros de los vencedores. Dispuso, además, que se tomase posesión de todos los bienes de los españoles ausentes de Montevideo, de modo que los oficiales del ejército se apersonaron en casas particulares y negocios para concretar las confiscaciones. Asimismo, tanto los comerciantes peninsulares como los orientales debieron entregar los cargamentos que tenían en la Aduana, provenientes de España o sus posesiones. El remate de todo este material incautado fracasó en Montevideo y, en consecuencia, se remitió a Buenos Aires donde sí fue adquirido. Se trataba de bienes de todo tipo; pero para nosotros, lo que resulta de singular interés es que incluía 39 barriles con libros que provenían de domicilios particulares, del depósito de la Aduana e, incluso, de conventos. Una parte se subastó, otra se adquirió por compras directas y una tercera fue donada a la Biblioteca Pública. Además, algunos ejemplares fueron obsequiados a autoridades nacionales³³. Afortunadamente, se conocen las características de este corpus por una «Relación» de uno de sus rematadores de Buenos Aires³⁴, la cual, casi 200 años más tarde, fue encontrada y estudiada por César García Belsunce, investigación publicada por la Academia Nacional de la Historia.

Este corpus que poseían los habitantes de Montevideo y pasó a manos de los de Buenos Aires, está compuesto por 347 títulos de libros y 18 títulos de cuadernos y pliegos de cordel. Como varias de las obras comprenden más de un volumen, la cantidad total de libros es de 4.411 ejemplares, mientras que los cuadernos y los pliegos de cordel ocupan 3.136 cuadernillos.

Las materias tratadas abarcan filosofía, teología, religión, historia, lengua y retórica, derecho, política, el arte militar, geografía, medicina, ciencias naturales, ciencias exactas, educación y obras literarias que van desde clásicos latinos como Ovidio, Virgilio, Julio César y Salustio hasta autores de fines del siglo XVIII y

³³ GARCÍA BELSUNCE, CÉSAR, *Pertenencias extrañas. Libros en Buenos Aires en 1815*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 2013, p. 16 *et passim*. Agradezco al Dr. Miguel Ángel De Marco haberme obsequiado esta joya testimonial para la historia de nuestra cultura. .

³⁴ La «relación» fue confeccionada por David De Forest, un ciudadano norteamericano que trabajaba en el rubro de subastas en Buenos Aires. Cf. *op. cit.*, p. 22.

principios del XIX. Los textos están en español y en latín, con traducciones de una buena cantidad de autores franceses, como Voltaire, Chateaubriand, Saint Pierre -con su famosa, *Pablo y Virginia*-, Le Sage -con *Gil Blas de Santillana*- y Jeanne de Beaumont, autora de cuentos de hadas entre los que figura *La bella y la bestia*. Tampoco faltan traducciones de novelistas ingleses, como Samuel Richardson, con *Pamela o la virtud recompensada* y Henry Fielding con *Tom Jones*. Estos ejemplos se destacan entre otros nombres de ambas nacionalidades que han perdido la fama que tenían en la época. Pero los títulos más numerosos pertenecen, por supuesto, a la literatura española y en ellos nos detendremos, a continuación³⁵.

Del siglo XVIII, los autores más importantes son el Padre Feijóo y el Padre Isla, pero la presencia más significativa corresponde a los ingenios de los Siglos de Oro. . Comencemos por Cervantes. No solo se encuentran cuatro ejemplares del *Quijote*, de tres ediciones distintas sino, también, dos ejemplares de *La Galatea*, dos de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* y uno de las *Novelas ejemplares*. De Lope de Vega hay tres tomos de *Poesías escogidas* y una antología de teatro y prosa en 21 volúmenes. De Calderón de la Barca hay una antología de sus *Comedias*, en 6 volúmenes y 96 cuadernos de obras que se publicaron sueltas. El autor del que más títulos se registran es Quevedo, con varias ediciones de distintas obras y de antologías. Santa Teresa de Jesús está presente con 85 ejemplares de *Camino de perfección* y dos volúmenes de la edición de sus obras completas, realizada por Fr. Luis de León. De éste, a su vez, se registran tres ediciones, con 5 tomos cada una, que recogen *Los nombres de Cristo*, el *Cantar de los Cantares*, *La perfecta casada* y la *Exposición del Libro de Job*.

Pero la que resulta particularmente llamativa es una figura en la que considero necesario detenerse: se trata de María de Zayas y Sotomayor. Una autora cuya relevancia es equiparable a la cantidad de enigmas que la rodean. A los cuales tenemos que sumar, ahora, esta presencia en el Río de la Plata, al lado de los más renombrados ingenios de los siglos áureos.

Los datos sobre su vida convincentemente documentados son que fue bautizada en Madrid, el 12 de septiembre de 1590, que sus obras conocieron un gran éxito entre el público de su época, que cultivó una fecunda amistad literaria con autores como Pérez de Montalbán y Alonso del Castillo Solórzano y que Lope de Vega la incluyó en *El*

³⁵ Cf. *op. cit.*, pp. 100 *et passim*.

*Laurel de Apolo*³⁶. Pero otras noticias, como varios viajes y el final de su vida en un convento, no pasan de conjeturas que se han deducido de los argumentos de sus novelas. Los testimonios que éstas, en verdad, proporcionan son los de la extraordinaria originalidad de una autora que, si bien transitó con maestría los caminos abiertos en la narrativa ficcional por Cervantes, supo introducir una clara impronta personal. Defendió en sus escritos, decididamente, el derecho de las mujeres a ser educadas y a escribir, criticó la hipocresía de la sociedad a través de personajes de sus novelas, como la doncella casadera que, en realidad, es madre de una hija a la que abandonó o las mujeres que son víctimas de la crueldad de sus maridos y de otros familiares o el oculto erotismo de una viuda que tiene un esclavo negro para satisfacer su lujuria. La emparentan con Sor Juana Inés de la Cruz sus reproches a los hombres por ser causantes de lo que condenan en la mujer y la opción del convento como un modo de que las mujeres busquen un encuentro consigo mismas. En tramas que giran alrededor del amor pasión, de un doloroso desengaño barroco y la nostalgia por una sociedad con valores genuinos, no faltan escenas tenebrosas y elementos maravillosos que han hecho considerarla como prerromántica. En el siglo XVII, el éxito de su obra fue solo comparable al de Cervantes. Sus *Novelas exemplares y amorosas* (1637) conocieron cinco ediciones en diez años y el segundo volumen, *Parte segunda del sarao y entretenimiento honesto. Desengaños amorosos* (1647), luego de una inmediata reedición, se unió al anterior para publicarlos como un solo ejemplar, que alcanzó seis ediciones en la segunda mitad del siglo XVII. Puede apreciarse que se trata, en todos los casos, de cifras muy altas para la época³⁷.

La obra de María entró en el siglo XVIII, reeditada, celebrada y, también, traducida. Pero fue entonces cuando, por las temáticas a las que nos hemos referido, resultó prohibida por la Inquisición. Pronto cayó en el olvido durante cerca de dos siglos -salvo algunas excepciones, como un elogio de Emilia Pardo Bazán- hasta que fue recuperada por la crítica, en los años '70 del siglo XX.

Se ha desarrollado, desde entonces, una bibliografía que no deja de crecer, dentro de la cual, el aspecto más estudiado es lo que se ha llamado su

³⁶ ZAYAS, MARÍA DE, *Tres «Novelas amorosas» y tres «Desengaños amorosos»*. Edición por Alicia Redondo Goicochea, Madrid, Castalia, 1989, pp. 7-10. Otro dato comprobado es que su padre recibió el nombramiento de Caballero del Hábito de Santiago, un testimonio de su pertenencia a una pequeña nobleza, lo cual explica su formación.

³⁷ Cf. *op. cit.*, pp. 10-13.

«protofeminismo». Sin embargo, considero que la complejidad y la originalidad de esta autora, así como la distancia que nos separa de su tiempo contribuyen a dejar, todavía, interrogantes abiertos. A mi juicio, uno de los más significativos surge de postular una nítida polarización que opone la rebeldía de María a un entorno socio cultural cerradamente conservador. Pero no podemos olvidar que la estética de la recepción incorporó un punto de no retorno a los estudios literarios, que consiste en considerar que una obra nos habla tanto de su autor como de su público. Son innegables las encendidas críticas de esta escritora a la sociedad y sus intrépidas transgresiones. Pero, por eso mismo, la entusiasta recepción por parte de un amplio público y la vigencia que mantuvo por más de un siglo, resultan incongruentes, a mi juicio, con un contexto receptor del más rancio conservadurismo. Sugieren más bien, que aquella sociedad era como un terreno accidentado, tortuoso, por cuyas grietas y sinuosidades podían deslizarse todas las osadías de la novelista. Un contexto donde se reconocía que, a través de la imaginación, afloraban todo tipo de transgresiones, según subraya Batín, el agudo criado de *El castigo sin venganza*, de Lope de Vega³⁸. Hay varios aspectos que avalan estos rasgos de la sociedad. En primer lugar, se trataba del período del arte barroco, empeñado en mostrar todos los claroscuros, contrastes violentos y rupturas del equilibrio que podían percibir los artistas en su entorno. Además, en sintonía con este movimiento artístico se sostenía en el campo de las ideas, la concepción de la *coincidentia oppositorum*, la cual -aunque en una ordenación jerárquica- acogía todas las diferencias y las contradicciones de la vida humana. Bruce Wardropper considera de gran importancia esta teoría de Nicolás de Cusa para comprender el período, por «la propensión a la yuxtaposición y la antítesis» en las artes y «por un arraigado deseo de reconciliación» en la sociedad³⁹.

Hasta el siglo XVIII, no hay registradas prohibiciones que hayan impedido la circulación de las novelas de Zayas, mientras que autores como Lope, a quienes les convenía cuidar su imagen pública, no dudaban en elogiar a la autora. En cambio, la prohibición inquisitorial se produjo en un entorno cultural ya preocupado por una

³⁸ « [...] alguna vez,/ entre muchos caballeros/ suelo estar, y sin querer/ se me viene al pensamiento/ darle un bofetón a uno/ o mordelle en el pescuezo./ Si estoy en algún balcón/ estoy pensando y temiendo/ echarme dél y matarme.» Los versos continuaban describiendo otras transgresiones que le sugiere su imaginación, como reírse en un entierro o darle un tirón de pelo a una dama encopetada (vv. 936-957). Cf. LOPE DE VEGA, *El perro del hortelano y El Castigo sin venganza*. Edición por David. Kossof, Madrid. Castalia, 1978.

³⁹ WARDROPPER, BRUCE, «Temas y problemas del barroco español», *Historia y Crítica de la Literatura Española. Siglos de Oro. Barroco*, Dirección de Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 16-17.

organización «racional» de la sociedad, que rechazaba las obras del barroco e, incluso, las de Cervantes y Shakespeare por los «excesos pasionales». Por eso, yo propongo considerar, también, un aspecto de la época de María, a partir de un análisis de Jacques Le Goff sobre la situación histórica de la mujer en occidente, a lo largo de varios siglos. Sostiene el pensador francés que la difusión de los valores burgueses, la cual vino de la mano de la revolución industrial, significó un claro retroceso para las mujeres respecto al espacio que, a pesar de innegables barreras, podían lograr en la sociedad anterior, con estructuras de base agraria más abiertas a la participación de la mujer⁴⁰. Y afirma, «estoy profundamente convencido de que para la condición femenina, en Europa, no hubo peor época que el siglo XIX»⁴¹. Hay que recordar que el avance de la revolución industrial y de los valores de la burguesía ya se hacía sentir en el período de la Ilustración. Señala, además, Le Goff que se tiende a estudiar la historia de las mujeres como si siempre hubieran estado condicionadas por los códigos propios de la sociedad decimonónica, olvidando que el devenir histórico es un camino laberíntico de avances y retrocesos.

Si nos atenemos a estos criterios, pienso que podemos comprender mejor, el lugar que pudo llegar a ocupar María en la sociedad preindustrial del siglo XVII español y dentro de las concepciones de la *coincidentia oppositorum* y del arte barroco. Por supuesto que no era nada fácil para una mujer luchar contra múltiples escollos. Pero todavía, por ejemplo, podía hacer oír su voz y sus protestas sin renunciar a su propio nombre femenino, como sí lo tuvieron que hacer tantas escritoras del siglo XIX.

Los últimos interrogantes, con los cuales ya nos acercamos al final, giran alrededor de la presencia en el Río de la Plata, junto a los más celebrados autores del Siglo de Oro, de tres ejemplares de las novelas de una escritora manifiestamente transgresora, en dos ediciones dentro del contexto de su prohibición inquisitorial, una de 1776 y otra de 1793 ¿Cómo llegaron a Montevideo? ¿Quiénes se interesaron por adquirirlas por compra directa en Buenos Aires? ¿Quiénes las leyeron? ¿Acaso, algunas de las mujeres de fuerte personalidad que no faltaron en nuestra sociedad del siglo XIX, dignas descendientes de aquellas como Isabel de Guevara y Da. Mencía Calderón, la adelantada?

⁴⁰ LE GOFF, JACQUES, *Una larga Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2008, pp. 91-93.

⁴¹ *Ibidem*, p. 93.

No contamos con ninguna pista, por ahora. Pero no dejan de ser interrogantes abiertos porque sabemos que las sorpresas siempre aguardan a los investigadores. Y en los documentos más inesperados, como los que hoy hemos comentado: una lista burocrática y la «relación» de un rematador. Una reflexión más sobre esta última. Respecto a todo el conjunto de libros, comenta su investigador, García Belsunce:

Me parece destacable la riqueza y variedad de las bellas letras. [...] Los libros de historia y las biografías ocupan un lugar importante y están mostrando un interés notorio por esos temas, en tanto que la producción científica europea está bien representada sobre todo en el área de las ciencias biológicas. Surge de este listado heterogéneo el interés por la educación, incluida la de las mujeres⁴².

Hemos hablado del carácter cambiante propio del «imaginario». En este caso, nos encontramos ante la necesidad de revisar el que se constituyó alrededor del cliché de «la siesta colonial», que describe al virreinato del Río de la Plata como una región aletargada, ensimismada en su aislamiento y atrasada en diversos órdenes. Sin embargo, los libros que en 1814, aún bajo dominio realista, poseían o esperaban retirar de la Aduana los lectores de Montevideo y que en 1815, despertaron el interés de los porteños, en los umbrales de la independencia, contribuyen a que la visión de ese pasado deba acoger, innegablemente, un rasgo característico de las sociedades que resisten su alejamiento geográfico y social del centro donde se encuentran las superestructuras, a través de irrenunciables actividades culturales. Algo que bien conocen nuestras provincias, a lo largo de su existencia.

Revisitar nuestros momentos fundantes, a la luz de los renovados aportes que no cesan de aparecer, ayuda para que no quedemos presos de convicciones petrificadas como, por ejemplo, que solo heredamos de nuestros orígenes, el peso de enfrentamientos y fracasos o largos períodos de adormecimiento. En su lugar, no podemos dejar de escuchar todas esas voces que continuamente se renuevan, con los ecos de la inabarcable complejidad de la historia de una tierra, en palabras de Juan José Saer, apta «para plantar delirios».

⁴² Cf. *op. cit.*, p. 31.

